DEL FOLCLOR HISTORIAL

— II —

EL PIRATA Y LA MONJA

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

El drama se originó en la imprudente promesa del general Valdez al pirata Oronda, de pagarle con monjas de los conventos de Popayán la ayuda contra los españoles en la toma de la ciudad.

Ricas familias ecuatorianas, y aun de más lejos, enviaban sus hijas a esos conventos, cuyas reglas —sabido era— habíanse relajado de tal modo que las novicias, bellas y coquetas, ingresaban a ellos, antes que por renunciar al mundo, para prepararse mejor a su servicio.

En el de la Encarnación se hallaba la bella Mercedes, quiteña famosa por su historia galante, y de una belleza legendaria.

La toma de Popayán era imperativa para reabastecer las tropas libertadoras, carentes de vestuario y de pertrechos.

Calzada, el jefe español, se había replegado a Popayán con fuerzas numerosas, por lo que fue menester a Valdez llegar a convenios con el pirata. Era este un tipo extraordinario. Había empezado espumando en el Océano Pacífico, pero ante el espectáculo de la devastadora revolución americana, pensó que mejores oportunidades se le ofrecían en tierra firme.

Había en él una mezcla extravagante de hábitos salvajes y de rasgos de nobleza. A un ideal demoníaco ponía le puntas y ribetes de romance. Cuando se emborrachaba decía a gritos tener un pacto con el diablo; y otras veces llamaba a sus amigos en son de confidencia para confesarles que él era el mismísimo Sotanás, en carne y hueso. Se contaban de él gestos de príncipe y arranques de miserable. No faltó quien lo señalara como el vástago pródigo de linajuda familia mexicana, chilena, europea, etc.

Fincaba una de sus glorias en haber hablado una vez cara a cara con Bolívar; de igualdad a igualdad y sin quitarse el sombrero.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Aventajaba en crueldad a los más feroces chapetones que pretendían retener el dominio de América con el mismo sistema de carnicerías de la etapa conquistadora.

Valdez necesitaba, ciertamente, los servicios de Oronda, pero no era menor necesidad la de que semejante ayuda fuera todo lo secreta posible, porque entre las fuerzas de que disponía el general patriota, figuraba en primer término el regimiento comandado por el coronel Mac Intosh, hombre íntegro que abominaba los saqueos y la colaboración con el bandidaje. Radicaba el convenio en que, lograda la toma de la ciudad, el botín de Oronda serían las monjas, procurando, eso sí, cargar con ellas muy discretamente.

No obstante una enorme superioridad numérica, el ejército español se limitó a atravesar la ciudad con toda la apariencia de una fuga desordenada. Calzada se sentía perseguido por el fantasma de la traición. Estaba convencido de que Popayán debía ser un vasto albergue de traidor espionaje y que, por tanto, si allí demoraba, en una noche acabarían con él y toda su oficialidad; rehusó, pues, el concurso de las milicias reales organizadas allí. En cada rostro y por todas partes veía asomada la traición. Prefirió pasar de largo.

Valdez plantó sus vivacs a lo largo del río Cauca, sobre el camino hacia Puracé. Y pronto se convenció de que no necesitaría combatir para adueñarse de la ciudad. Para evitar el saqueo y obtener pacíficamente las contribuciones necesarias, resolvió mantener acampada la fuerza. Entraría con solo el estado mayor y una pequeña escolta para el despacho de las vituallas urgentes. Quedaba, sin embargo, por resolver la grave cuestión del cumplimiento con Oronda. Por lo pronto, le envió un mensajero con la invitación a conferenciar. Confiaba cerrar el pacto con un mero acuerdo en punto a suma de dinero, fórmula que dejaría a salvo las terminantes órdenes del Libertador: entrar a las ciudades de manera absolutamente pacífica; los saqueos solo se permitían en último extremo.

La banda de Oronda era numerosa; tenía sus campamentos en los contrafuertes del Puracé, relativamente cerca a la ciudad, circunstancia esta que el pirata aprovechaba para exigir y hablar golpeado.

Al verlo llegar, Valdez se sorprendió: Oronda se presentaba vestido con elegancia y muy peripuesto. Más aún, extrañole el ánimo acequible en que lo halló, sin interés alguno por el saqueo de la ciudad, pues a sus hombres, —dijo el pirata— no les faltaban indias hermosas que los seguían sin preguntar nada, cargándoles los equipos, con amorosa abnegación.

¿Dinero a él? A esta oferta subsidiaria sí respondió con risa desdeñosa. Por allá en un escondrijo de la Cordillera guardaba un inmenso tesoro, propiedad suya exclusiva. No. El precio de su colaboración —la que había decidido la fuga de los españoles— era, y no otro, una payanesa. Desde luego, que su pretensión no iba hasta una dama de piel blanca y de linaje azul; claro que no; pero sí una mestiza de ley, precisamente la Mercedes que hacía como un año se guardaba en los claustros de la Encarnación.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Valdez, encantado, admitió que no era mucho pedir, y prometió cumplirle a satisfacción. Con todo, y para mayor claridad y seguridad, Oronda previno que en caso de faltar a la promesa empeñada, él mismo, acompañado de algunos hombres vendría en busca de Mercedes, sin perjuicio ni responsabilidad de su parte, de que algo más se presentara.

La ciudad hizo triunfal recibimiento a los libertadores. Bajo los arcos y festones que esperaban el arribo de los realistas, pasaron los soldados de la patria independiente. Las damas tuvieron para la oficialidad una acogida de especial entusiasmo. Bajo el sol de verano abrumador desfilaron por las amplias calles los jinetes ingleses, con sus pesados uniformes, sudorosos, pero solemnes y marciales. Hacia uno de singular apostura se lanzó una linda española para ofrecerle un "salpicón" de aquellos que, preparados con nieve recogida en las faldas del volcán, eran lujo y regalo de tertulias y saraos. Obligado sintiose el inglés de echar pie a tierra para recibir la gentileza. Entonces la linda brindadora, con rápido ademán, se rasgó el corpiño, vertió el sorbete en el seno y con ardiente mirada le invitó a beberlo allí, sin cuidarse del momento ni del sitio. Una viuda de gran linaje, dueña de muchas tierras y varias minas de oro, envió a rogar a Valdez le aceptase el ofrecimiento de su propia mansión como hospedaje.

Lamentose alguna vez el general, delante de la dama, de no tener balas para los cañones. Días después el huésped recibía en obsequio una docena, fundidas en oro.

Las mujeres no hicieron otra cosa que dar, para solo exigir en cambio, lo que hacía mucho tiempo no tenían: tabaco. Todas eran fumadoras, pero como el tabaco procedía del Valle del Cauca, sucesivamente ocupado por realistas y patriotas, llevaban por entonces algunos meses de carestía. En cambio, en el bagaje de los independientes, la provisión de tabaco era grande. Para conseguirlo bastaba apenas no vacilar ni regatear... se. A mayor encanto, más cigarrillos y más tabaco.

Valdez no podía hacerse el olvidado de lo prometido a Oronda, y, en consecuencia, hubo de impartir las órdenes del caso.

Tenían los conventos portalones de dura madera, bardados de hierro, que cerraban herméticamente sobre los recios marcos de piedra. Y herméticos permanecieron cuando llegaron a golpearlas un oficial y cuatro hombres de a caballo.

A fin de que todo se ejecutase sin escándalo, decidió entonces Valdez avistarse con el Obispo, informarle del trance y pedirle consejo y ayuda. Se trataba, en síntesis, de que solo hubiese una víctima en vez de un centenar de víctimas, y sabe Dios si a cambio, también de la suerte y vida de toda la ciudad. ¿Quién podía librar a Popayán de asaltos nocturnos por la banda de Oronda, si por incumplimiento se llegaba a provocar la rabia de tan temible jefe?

Las cosas resultaron mucho más complicadas de lo que parecía. Durante el año que llevaba de clausura, Mercedes había ganado una fama de santidad que trascendió de su celda al vecindario y aledaños. De otra parte, la reclusa estaba emparentada con ricas y notables familias del lugar. Gracias a que Su Señoría era un hombre perfectamente al cabo

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

de las misericordias de la carne y de las implacables exigencias de la guerra, y a que la Reverenda Abadesa concordaba con Su Señoría en las ideas sobre ciertos sacrificios de piedad, el asunto enfiló por rumbos de solución.

Pero sin saber cómo, en breve volaron de boca en boca, de casa en calles, los rumores de que la santa y bella Mercedes le sería entregada a Oronda como premio y paga de su ayuda. La ciudad se estremeció. El bello sexo joven fue el primero en agitar la indignación y la defensa, yendo y viniendo y entrando a todas partes sin temor a las represalias. Bien pronto una muchedumbre se agolpó a la casa diocesana, lanzando improperios contra quien toleraba y aun acogía la infame trapisonda.

Un pelotón armado de las milicias ciudadanas montó la guardia frente a las puertas de la Iglesia y del Convento de la Encarnación.

Todo era zozobra. Llegose a temer que la gente de Oronda, aprovechando tal estado de ánimo, se lanzara una noche sobre la ciudad y a sangre y fuego consumara su exterminio. Pero Su Señoría habilísima llenó a cabalidad su comisión y de ello fue a dar cuenta feliz al general. Había visto a Mercedes; le habló, la exhortó y obtuvo el sacrificio de aquella alma grande.

Mercedes no conocía a Oronda; ni siquiera lo había oído nombrar. Pero se resignaba; lista la encontrarían a entregar su vida y aún más, porque los demás fuesen salvados; que dispusieran de ella, había dicho a tiempo que entraba en oración.

Campeaba la noche. Bastó solamente para que la tranquilidad renaciera, regar la seguridad de que Mercedes no daría un paso del convento, y que en último caso, en lugar de ella, a manera de rehenes, sería enviada persona distinta.

Por su lado, Valdez se proponía enviarle informes a Oronda, al día siguiente muy temprano, de que Mercedes le llegaría al anochecer, convenientemente escoltada; que la demora era tan solo para dar tiempo a que se calmara la efervescencia.

Respecto a esto último, las cosas salieron a pedir de boca: las milicias retiraron la guardia del convento; la virtud indignada se apaciguó; cada quien volvió a su casa satisfecho con el final del trance: es que los movimientos espontáneos y desinteresados, cuando son colectivos, son de breve duración. Popayán se durmió.

Al filo de media noche, un jinete atravesaba la plaza; se detuvo ante el convento, echó pie a tierra y golpeó el portalón. No demostraba impaciencia. En una calle vecina, otros jinetes vigilaban y esperaban.

Pasados unos momentos, repitió la llamada, haciéndolo esta vez en la puerta de la Iglesia también. A poco se oyeron pasos en el interior del convento, pero fue tras la puerta del templo de donde salió la voz:

—¿Quién va?

—Oronda— fue la respuesta del de afuera.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Y era la verdad: él en persona. Dos días llevaba en su campamento esperando lo convenido, y como no llegara... Sin violencias, sigiloso, entró a la ciudad para tomar con sus propias manos aquello que le pertenecía en fuerza de pacto cumplido por su parte: Mercedes.

Al dar su nombre, por respuesta, el portón de la Iglesia fue abriéndose blandamente. Amplio recinto era ese templo construído por los jesuítas. En el altar ardían cirios que proyectaban agigantada la sombra de las columnas. Pero en la penumbra de la entrada era imposible distinguirse los rostros.

La que estaba delante del visitante era Mercedes, que había permanecido en vigilia de oración.

Los hechos se sucedían con una facilidad inesperada, que sorprendía a Oronda, quien, maliciando una celada, permaneció en su sitio, muy avisor, puesta la mano en la garganta de sus armas.

Un rumor de pasos se acercaba desde el fondo oscuro de la Iglesia. Era la Superiora de la comunidad, quien, advertida del nombre del pirata y de lo que se le había concedido, creyó su deber hacer acto de presencia —y si posible— interceder un poco para ver de ablandar a fuerza de ruegos, al terrible Oronda. La Abadesa traía una lámpara, y cuando se hubo acercado al grupo, bajo la luz en alto, iluminando un poco más el recinto sombrío, los tres circunstantes se reconocieron.

Todo fue mirarse y Mercedes se echó hacia adelante como si la arrastrara la fuerza violenta de una fascinación espantosa. Tendió los brazos cual si quisiera defenderse; retrocedió, en tanto que clamaba:

—No, no; a él no. Mátame a mí, si quieres; pero a él no... No, no.

Luego empezó una loca huída a través de las naves en sombra, gritando desesperadamente. Eran gritos de un pavor indecible, con interjecciones entrecortadas, expresión de un pánico ultraterreno, conjuros de mortal angustia; eran signos de un miedo ante el más horrendo mal que puede esperar un ser humano en su cuerpo y en su alma.

¿Qué recuerdos vino a remover en Mercedes la súbita aparición del rostro de Oronda? ¿Dónde y cuándo lo había visto antes? ¿Qué otro terror podía inspirarle el bandido anónimo a quien había consentido ya en ser entregada y resuelto seguir y servir antes de verlo? He aquí lo que nadie pudo explicar entonces y lo que para todos seguirá siendo misterio impenetrable.

Al ver la fuga de la monja, Oronda creyó que la presa se le escapaba. Cambió súbito de expresión de deseo por otra de odio y de repulsiva fiereza. Se lanzó detrás, le dio alcance cuando la fugitiva se precipitaba contra una portezuela que resultó cerrada; la agarró por los hombros; logró ella zafarse y recomenzar la huída; fue hasta el altar, esperanzada tal vez en la protección del cielo. Allí prendiola otra vez el perseguidor; volviéndola hacia sí le desgarró de un manotazo, a todo lo largo el hábito. Luego rodaron juntos sobre las losas del presbiterio. La Abadesa se alejó, cubriéndose la cara.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Cuando, un rato después, la Superiora arriesgó un vistazo hacia el lugar de la profanación, vio al pirata que se disponía a salir, revisando con cinismo despreocupado la carga de sus pistolas. Pampeó cariñoso su caballo, montó y se alejó. Se reunió a sus secuaces; y todos juntos, tan fácil y tranquilamente como habían entrado una hora antes, desaparecieron en las sombras que aún rodeaban la ciudad.

No hubo lugar a prodigar consuelo ni cuidados a la pobre Mercedes, sumida en tremendo colapso. Cuando mucho después volvió en sí, y empezó a mirar en torno, extraviada, acometióle violento acceso de locura: en las columnas del templo, la hermosa cabeza dio en golpearse con ímpetu bastante para romperse.

El detalle de lo sucedido bien pronto se esparció en la población. Se comentó, se deliberó, hubo juntas, se planeó la venganza. Pero Valdez, previsivo, había colocado ya un regimiento en la plaza mayor. Y cuando las notabilidades del vecindario fueron a él en son de requisitoria, la respuesta entre lógica y burlona, fue:

—Cuando en la toma de una ciudad resulta apenas una violación y una muerte, no es posible aspirar a más. Francamente, yo mismo no lo esperaba. Popayán merecía este privilegio.

Y los nobilísimos popayanejos tuvieron que convenir que, en el fondo y a lo mejor, Valdez tenía razón.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.